

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

ESCOLAR, SOBRINO, Hipólito: *Historia social del libro*. Biblioteca Profesional de ANABA (Asociación Nacional de Bibliotecarios, Archiveros y Arqueólogos). III, Cuadernos.— N.º 9: *La Tableta Cuneiforme*, 176 pp.— N.º 10: *Egipto*, 159 pp.— N.º 11: *Del alifato a la Biblia*, 164 pp. Madrid, 1974, 18×12 cms. Encuad. cart. Con numerosas ilustraciones.

Como acertadamente proclama el autor de estos tres libros, uno solo en realidad dividido en tres secciones, y aun se anuncian otras dos «que han de seguir pronto», «el más fecundo invento del hombre, la herramienta más maravillosa por él creada, ha sido el libro», incluyendo en este concepto, como es lógico, el substrato fundamental de esa creación representado por la escritura desde sus primitivos tanteos hasta los portentosos avances de nuestro siglo. El alfabeto ha sido, en efecto, la más vistosa e importante bandera de la cultura; de ahí que «analfabeto», «analfabetismo» sean el más ominoso estigma expresivo de la falta de instrucción más elemental y sinónimos de incivilidad, rusticidad y hasta salvajismo. Una mirada retrospectiva, a la luz de los datos que nos aporta la Historia, y aun la Protohistoria y la Prehistoria, sobre los avatares y progresos de la escritura es un cautivante recorrido por los caminos de la civilización y la cultura a través de las edades y los pueblos.

Tal ha sido el propósito del autor de esta trilogía sobre la *Historia social del libro*, título general que indica claramente la orientación especial dada a su investigación en torno al sugestivo tema del libro y la escritura. Nadie mejor capacitado, en todos los órdenes, para escribir acerca del libro que quien toda su vida la pasa entre libros, no ya solamente en concepto de bibliófilo, de amante sincero y entusiasta de ese gran factor hu-

mano que son los libros, sino como profesional del benemérito cuerpo de guardianes de éstos, los Bibliotecarios del Estado o entidades particulares, a quienes incumbe la grave y honrosa responsabilidad de salvaguardar los tesoros bibliográficos de la nación, y, por añadidura, como editor, máxime tratándose de una empresa tan prestigiosa por la calidad, alto nivel y volumen de sus publicaciones como es la Editorial Gredos. Tal es el caso de Hipólito Escolar, el cual, para que nada falte a su silueta bibliográfica, es también benemérito escritor.

En 1972 —mejor diríamos 1973, puesto que el colofón consigna el último día de aquel año como fecha de terminación de la impresión— publicó una ilustrada breve *Historia del libro en cinco mil palabras*, título que ya demuestra claramente los límites del trabajo, cuyo texto equivale a la mitad del usual en una conferencia unihoraria, pero que completan vistosamente los 24 artísticos grabados a toda página insertos entre las 60 páginas del libro. La ocasión fue la celebración del Año Internacional del Libro.

Internado H. E. en esa selva, no ciertamente oscura» ni «selvaggia», sino luminosa e instructiva, tras ese ensayo ha acometido una obra de mayor envergadura, en la que con gran claridad de exposición y copiosa documentación en torno a la idea nuclear de la escritura y el libro, se ofrece una visión muy completa de todas las cuestiones que afectan a la grafía, materiales de todas clases, contenido verbal e ideológico, poemas, autores, reyes, sucesos históricos, mitologías, alfabetos antiguos más famosos, todo un panorama, en suma, de las remotas civilizaciones del Próximo Oriente, con abundantes referencias ocasionales a otros pueblos de Asia y Europa. Es una especie de cosmovisión del mundo antiguo a través de ese factor de cultura tan relevante del libro y la escritura.

Especial interés para nosotros encierra el tercero de esos tres volúmenes (n.º 11: *Del alifato a la Biblia*), cuyos cuatro capítulos: *El alifato*, *El libro y el escriba hebreo*, *Contenido y Transmisión de la Tenak*, precedidos por una breve *Introducción* (El cuadro histórico) y completados por dos *Apéndices* (Bibliografía e Índice analítico), nos ofrecen una panorámica muy completa acerca de la escritura, diversos alfabetos, inscripciones, etc., dentro del área prefijada en este volumen, es decir desde la «aparición del primer alfabeto (consonántico), el alifato» («un acierto tal que puede considerarse como uno de los grandes acontecimientos del progreso humano», pp. 25-26), para centrarse, a partir de la pág. 68 hasta el final, pág. 143, en el estudio del Libro de los libros, la Biblia, en su aspecto bibliográfico, texto, ediciones y versiones antiguas y modernas, hasta el día de hoy.

Quizá se advierte en esta parte un cierto rebase del cuadro de la materia específica de la obra (*Historia social del libro*), en relación con los

otros dos volúmenes; pero el que suscribe, a fuer de bibliista, más bien se congratula de esa difusión, nunca excesiva, del Sagrado Libro y cuanto a él se refiere, sobre todo en nuestra patria y la América hispana, donde un libro escrito en español ha de tener especial acogida, y a pesar de los «tres millones de ejemplares» vendidos (pág. 140) solamente de la traducción del Nácar-Colunga (suponemos incluyendo en esa cifra las ediciones parciales del Nuevo Testamento), todavía falta mucho camino que recorrer para el conocimiento serio y cotidiana lectura de la Sda. Escritura.

Dos observaciones quisiéramos hacer a nuestro querido amigo D. Hipólito Escolar acerca de los juicios que formula sobre dicha Biblia y la llamada de Jerusalén, sin entrar en más detalles acerca de otras versiones. Se dice de la Nácar-Colunga: «Desgraciadamente los criterios científicos de los autores no estaban muy al día», afirmación que nos sorprende, puesto que más bien se la ha considerado como de vanguardia, el P. Alberto Colunga era de la Escuela del P. Lagrange y, por otra parte, no debe olvidarse que su aparición ha precedido en varios lustros a la mayoría de las versiones que han ido apareciendo en la cristiandad durante los últimos años, por lo cual de ella se han beneficiado largamente esas traducciones tanto nacionales como extranjeras, y en sucesivas ediciones —más de 50 en treinta años— se ha hecho todo lo posible por perfeccionarla. En cuanto a la *Bible de Jérusalem* (que «ha dado lugar a versiones de otros idiomas siguiendo el texto fijado en ella», pág. 143, circunstancia que, a nuestro juicio, rebaja sensiblemente el valor de las mismas, al ser ya «retraducciones»), recordaremos que en esta misma revista (Vol. V, 1956, pp. 269-273) hicimos, con el entusiasmo que nos merecía, una recensión de dicha versión y comentarios, introducciones, etc. Sin embargo, nos parece algo aventurado afirmar rotundamente «que ha sido considerada como la mejor de las ediciones católicas», al menos con carácter general. Persona muy autorizada nos manifestó en un Congreso celebrado en Jerusalén que en Bélgica, sobre todo en Lovaina, la habían puesto importantes reparos.

Agradecemos a D. Hipólito Escolar sus aportaciones, de alta divulgación, al conocimiento de la *Historia social del libro* y cuanto con él se relaciona, especialmente instructivas e interesantes hoy día en que tanto se escribe y en que toda persona culta, aun de nivel medio, tiene su biblioteca, que a diario acrece, y va en aumento, a pesar de todo —así lo creemos— el amor a los libros, una de las formas, y no la de menor eficacia, de la solidaridad humana. *Amor librorum nos unit.*

David Gonzalo Maeso

PASCUAL RECUERO, Pascual: *Me'am Lo'ez, Ester*, de Rafael Ḥiyā^h Pontrémoli. Tomo XIII del *Me'am Lo'ez, El gran comentario bíblico sefardí*. Texto transcrito, Introducción, Notas y Apéndices por... Editorial Gredos, Madrid, 1974. 490 pp. + 49* y 2 láminas. 25 × 16 cms.

Aunque existe entre los géneros literarios la llamada «autocrítica» del libro, obra dramática, etc., efectuada por el propio autor, no se trata de eso en el presente caso, puesto que, aun siendo la publicación del *Me'am Lo'ez*, en la forma ya conocida por los lectores de esta MISCELÁNEA y otros muchos, por los tres volúmenes anteriormente aparecidos, obra mancomunada del Prof. Pascual Recuero y del firmante de esta reseña, este Tomo XIII, *Me'am Lo'ez de Ester*, por las especiales características que en él concurren, ha sido preparado exclusivamente por dicho profesor a base de la recensión, totalmente reelaborada en su forma, no con carácter de rectificación o enmiendas, sino por imperativos de acoplamiento en esta serie, del texto que fue en su día disertación doctoral.

Nuestra intervención, aparte de la ya lejana dirección de aquélla, se ha limitado a la sumaria *Presentación* que encabeza la obra (pp. 7-9) y un repaso general, que no nos atreveríamos a llamar revisión y muchísimo menos supervisión. En un trabajo de esta naturaleza, realizado por nuestro entrañable colaborador con toda la competencia y esmero que tan perfectamente conocemos y, como es obvio, por la circunstancia antedicha, con el máximo cariño, habría sido extemporánea, amén de innecesaria, cualquier especie de intromisión. Mas también parecería reprehensible, en el que subscribe, una total inhibición. Además, sólo venciendo la modestia del Prof. Pascual se ha adelantado la publicación de este tomo del *Me'am Lo'ez* a la de otros de la serie ya en avanzada preparación, dado que no hay en ello la menor perturbación, por la independencia de que gozan de por sí los libros canónicos tanto del A. como del N. Testamento.

Las precedentes consideraciones, que sirven de preámbulo y ya suministran alguna información, justifica el que hayamos creído un deber, por lo demás gratísimo, redactar la reseña de este tomo del *M. L. de Ester* para el presente número de nuestra MISCELÁNEA aprovechando la oportunidad de la aparición de aquél cuando éste aún no estaba cerrado, es decir a raíz de la aparición del libro.

De paso, y sin salirnos de los límites y objetividad de una recensión bibliográfica, tal vez podamos añadir algún dato o detalle particular, o bien de información general sobre el M. L., aparte del breve apunte insertado en este mismo número, que no sería hacedero a cualquier crítico ajeno a las interioridades y proceso de la publicación de esta obra, que por su índole y dimensiones, sin adentrarnos en el mérito de su realización,

bien podemos calificar —y otros lo han hecho antes— de gran envergadura.

Abarca este Tomo XIII aproximadamente la mitad del ya publicado M. L. *B^e-rē'šit* (Génesis), lo cual demuestra tendencia evidente hacia la amplificación en el comentario, dado que el texto hebreo del libro de Ester, al que se ciñe, como es natural, el autor, Pontrémoli, solamente comprende 10 capítulos (el último brevísimo), con un total de 167 versículos, frente a los 50 capítulos, bastante extensos en general, del Génesis, con 1.534 *p^esúqim* o versículos: es decir, poco más de un diez por ciento.

El plan general de la obra, tal como puede apreciarse en el *Índice*, muy detallado (pp. 41*-49*), es el siguiente. Preceden varios Preliminares: *Presentación*, *Introducción*, *Portadas* en facsímile de las ediciones de Esmirna (1864, que es la primera) y de Constantinopla (1899, tercera) utilizadas en la presente, *Aviso a los lectores* y *Deklaro de M^e gíl. lat 'Estēr* (pp. 7-26).

A continuación (pp. 27-438) sigue el cuerpo de la obra, repartido en 17 capítulos, de variable extensión, que oscila entre las 60 pp. del primero, y menos de una decena varios de ellos, no más de cuatro el último. El autor llama esos capítulos *pārāštyót*, empleando el conocido término bíblico que propiamente se aplica a las 54 secciones en que se divide el Pentateuco en orden a su anual lectura sinagoga.

Los escrituristas o cualesquiera otros investigadores que en nuestro M. L. *B^e-rē'šit* tal vez hayan echado de menos la consignación total de las fuentes hebreas anotadas al margen en el tomo original, limitada allí a la 1.^a *pārāšā^h*, por las razones alegadas en la *Introducción* (pp. 30-31) de dicho I Tomo —alguno nos lo hizo constar verbalmente—, se verán gratamente sorprendidos al observar en este M. L. *de Ester* tales indicaciones puntualmente anotadas en todo el libro, aunque es de advertir son más bien escasas, en comparación con las tan copiosas de J. Kul. lí.

A continuación del M. L. *Ester* se ha intercalado un largo *Anexo* (pp. 439-490): *'Estēr 'im targum ladino*, interesante en más de un aspecto, que «es resumen, traducción literal, glosa o amplificación, según los casos, del texto escriturario, que figura en la Biblia bilingüe en hebreo y ladino a doble columna» (Viena, 1814). Siguen tres *Apéndices*, de relevante interés: *Vocabulario ladino-español*, *Glosario hebreo-español* y *Lista de siglas más usuales del M. L. E.* (medio centenar).

Los tres centenares largos de epígrafes intercalados en el texto por el Prof. P. P. R., densos y significativos, son un gran acierto, tanto que no dudamos en afirmar constituyen la clave para la lectura del libro, el cual, reducido a esa especie de *verbum unum* que suponen los textos de obras antiguas o modernas, sin la ayuda y orientación de títulos y epígrafes, resultaría de fatigosa lectura, y no pocos, aun interesados por el contenido,

se retraerían de la misma. En este sentido, todo cuanto suponga una ayuda y comodidad para el lector o el investigador, nos parece un acierto, y tal carencia de títulos, aun en obras clásicas grecolatinas, a pretexto de atenerse estrictamente al texto de viejos manuscritos, la estimamos un criterio equivocado. Además, de ese modo se puede dosificar la lectura, en función del tiempo disponible, sin menoscabo de la plena captación del sentido.

Hay que reconocer en el *M. L. Ester* que con veste europea —nos referimos, como es obvio, a su transliteración— se presenta al público con todas las resonancias y destellos del sugestivo mundo sefardí, un libro singular, de acusadas características y caleidocópico contenido, muy diferente de tantos millares de escritos que constantemente acrecen hoy en día avasalladora bibliografía en todas las ramas de la cultura y los saberes. En él hay para todos los gustos y para toda clase de lectores: Escriturística en primer término, en dosis masivas, Teología, Filosofía, Historia, Oratoria (de curiosas características), y al propio tiempo Novela (en gran escala), Folklore, y panoramas singularmente atractivos de la vida interna de los sefardíes en Oriente.

En un copioso e interesante modelo del dialecto judeoespañol de la segunda mitad del siglo XIX, que seguramente ha de interesar en gran manera a quienes desde distintos puntos de vista estudian la historia del idioma español y sus dialectos. Es tan crecido el número de vocablos hebreos que esmaltan la obra, conforme al estilo peculiar del ladino —*medio millar* de voces se registran en el *Glosario hebreo-español*, amén de numerosas expresiones formadas por muchas de ellas—, que casi nos atreveríamos a afirmar pueden servir para que el atento lector insensiblemente se encuentre en posesión de un caudal no despreciable de vocabulario, que podrá servirle para un conocimiento útil, ampliable, de tan importante lengua.

El extenso *Vocabulario ladino-español*, que rebasa el *millar* de vocablos, viene a ser una contribución muy estimable al diccionario judeoespañol que, según se ha consignado alguna vez en esta MISCELÁNEA, se está elaborando hace años en varios centros de alta investigación, pero que no acaba de aparecer, señal evidente que las dificultades de tal empeño son grandes, y que es mucho más fácil criticar que hacer.

Aunque pudiera parecer ocioso insistir en las tremendas dificultades de impresión y corrección que encierra una obra de esta naturaleza, y para convencerse basta con abrir el libro por cualquier parte, tal vez sea conveniente recordarlo una vez más. Quizá con lupa, línea por línea, consumiendo una cantidad asombrosa de horas, pudieran encontrarse algunas erratas. Ciertamente no hemos hecho la prueba y más bien nos parece la impresión tipográfica de una pulcritud y exactitud ejemplar. Sí recordaremos, de todos modos, las grandes deficiencias que todavía se aprecian en

los sistemas de transcripción, aun donde menos pudiera esperarse, y la habitual negligencia en la transliteración de voces hebreas, comparada con el extraordinario rigor y exactitud que caracterizan a la escuela granadina de hebraístas, de que es patente manifiesta el volumen que reseñamos.

Como prueba de imparcialidad y de que no nos duelen prendas, queremos hacer una rectificación —no sin apuntarnos nuestro tanto de culpa y negligencia—, para orientación del lector en el *Glosario* (pág. 34⁴⁶), respecto a la expresión rabínica *qal wā-ḥōmer*, cuyo significado exacto, más bien que el indicado, es el de «a fortiori», «a minori ad maius», es es decir, «con mayor motivo». Es una norma jurídica usual entre los rabinos, coincidente, como puede verse, con la universal representada por las indicadas expresiones latinas.

También llamamos la atención sobre el término *yimmá*⁶, con interrogante (?) en el índice, por tratarse, sin género de dudas, de un Inflecto hebreo sin aparente sentido en el texto (pág. 147), pero que le recobra totalmente en cuanto la palabra anterior se entienda y transcriba por *lō*⁷ (adverbio hebreo de negación), en lugar de *la* (artículo femenino español), que ambos sentidos puede darse en ladino a la sílaba integrada por *lāmed* y *'ālef*. Pero en el presente caso, *lō*⁷ *yimmá*⁶ (= «no retiene», «no niega») es frase hebrea del salmo 84¹², cuando, entre los dones de Dios, se dice que «no niega» ningún bien «a los que caminan en la inocencia».

Terminamos con nuestros más sinceros y efusivos plácemes al querido compañero, colaborador y amigo que nos ha hecho el espléndido regalo de este *Me'am Lo'ez de Ester*, obra colosal, fruto de incalculables horas de trabajo, de paciencia benedictina y de un noble ideal, de esos cada día más raros en la república de las Letras.

David Gonzalo Maeso

PINAY, Maurice : *Complot contra la Iglesia*. Trad. esp. del Dr. Luis González. Ediciones «Mundo libre». México, 2.^a ed. 1969 (1.^a 1968). XXIII + 698 pp. 21x15,5 cms.

El título de este libro es de los que no dejan lugar a duda ; respecto al nombre del autor, no diríamos lo mismo.

Las controversias judeo-cristianas son tan antiguas como el Cristianismo, es decir, anteriores a la misma Iglesia, puesto que dieron comienzo en las disputas de su divino fundador con los «escribas y fariseos», que llenan parte considerable de los cuatro Évangélicos, con la particularidad de que no se trata ahí de discusiones meramente especulativas o baldías, sino que son la ocasión aprovechada por Jesucristo para la exposición de diversos puntos de su doctrin.

Empezaremos por esbozar brevemente la historia de este libro, a base de los datos que en el mismo se contienen o insinúan. Después hablaremos del autor o autores, fondo y trasfondo, carácter y demás aspectos o detalles.

La primera edición, italiana, un grueso volumen de 617 pp., «fue repartida en el otoño de 1962 entre los Padres del II Concilio Vaticano» (p. XIII), es decir por los días mismos, o inmediatamente anteriores a su inauguración («El próximo Concilio Vaticano II», se dice en la pág. 571). Recordemos que ésta tuvo lugar solemnemente el 11 de Octubre de 1962.

Demasiado ponderativa se nos antoja la afirmación del Prólogo a la edición venezolana, firmado por «El Editor», aunque ahí se proclame lo contrario, al decir : «Puede asegurarse, *sin temor a exageración*, que ningún libro, en el presente siglo, ha sido objeto de tantos comentarios en la prensa mundial». Al menos en España no sabemos haya tenido demasiada resonancia. En todo caso, ello justificaría, a pesar del quinquenio o sexenio transcurrido, un comentario más, en forma de reseña bibliográfica, cual es la presente.

En cierto modo, tal aseveración marca ya desde la primera página después del Índice, la impronta del libro, que sintetizaríamos con este solo calificativo : *exagerado*, en todos los sentidos, es decir, tendencioso, parcial, apasionado, hasta desorbitado, lo cual descalifica *ipso facto* un libro de Historia, más todavía tratándose fundamentalmente de la contemporánea.

La Introducción a la mencionada edición italiana lleva fecha 31 de Agosto -62 ; el Prólogo a la austríaca, 20 de Enero -63, 2.^a ed., del libro, en alemán ; y la citada «edición venezolana», 15 de Diciembre -63. La presente ostenta la data 18 de Abril de 1968 en el *Imprimatur*, refrendado por el arzobispo de Hermosillo (México), y la encabeza el Prólogo de

dicha edición venezolana, de la cual es, al parecer, reproducción. En la contraportada se consigna: 1.^a ed. 1968, 2.^a 1969.

Para más datos, pocos más de interés, en realidad, remitimos a dichos tres Prólogos, en las cuales se anticipan, de modo inconexo e innecesario, datos que figuran en el cuerpo de la obra.

Respecto al autor, se da por descontado que «Maurice Pinay» es un seudónimo. No solamente lo afirma así taxativamente el «distinguido jerarca de la Masonería», a que hace referencia en la página XV, en el semanario «Tiempo», quien califica el libro de «libelo», sino que también lo atestigua el corresponsal portugués del diario católico «Agora», en estos términos: «Ya sea uno ya sean muchos sus autores (es más fundada esta segunda hipótesis), se deja adivinar por cualquier persona de elemental cultura, que la compilación fue hecha por clérigos. Naturalmente que con respecto a este punto aparecen las más variadas versiones. Hay quienes afirman que fueron Prelados italianos, en colaboración con elementos del catolicismo inglés; otros hablan de un grupo de sacerdotes, incluyendo algunos obispos de un país de América Meridional no bien identificado» (p. XIV).

No podemos adentrarnos en la enmarañada selva de otros numerosos datos contenidos en esos Prólogos, por no compilar y alargar excesivamente esta reseña, sobre todo manteniéndonos en el plano de absoluta objetividad e imparcialidad que es nuestra norma. Recordaremos, con todo, que no hace mucho redactamos una reseña para la revista «Estudios Bíblicos», sobre la obra anónima *The Disputation* (Scholarly Publications, Salford 1972), verdadero «anonymous pamphlet» contra el Cristianismo, en que un «scholar» judío ataca los dogmas de éste, «los Evangelios y demás escritos neotestamentarios —decíamos— insertando textos cuyo sentido se interpreta de la manera más caprichosa, retorcida e irrespetuosa, con sarcásticos e incisivos comentarios. Tanto puede la ceguera y el fanatismo».

Enfilando siempre la proa hacia un ideal de justicia, ecuanimidad y mutuo respeto, nos enfrentamos en la presente reseña con una actitud bastante similar desde el campo contrario al anterior, que en conciencia tenemos que desaprobamos igualmente, movidos por nuestros sentimientos cristianos y sincero deseo de concordia. Prosigamos.

El libro que nos ocupa abarca en esta edición 4 partes, distribuidas en un total de 68 capítulos, cuyos epígrafes dejan entrever la armazón del contenido, el cual es en substancia el siguiente: I) El motor secreto del Comunismo, II) El poder oculto tras la Masonería, III) La Sinagoga de Satanás, IV) La Quinta Columna judía en el Clero. Cada uno de esos 68 capítulos es un clarín de guerra, que excita a desplegar las banderas del odio, la animosidad, el alegato feroz, la acusación sangrienta, desde los

tiempos más antiguos hasta el día de hoy. *Salvatis salvandis*, nos recuerda este libro la terrible sátira del alfaquí Abū Ishāq de Elvira contra los judíos de Granada, que tanto contribuyó al sangriento pogromo de 1066.

Hay que reconocer, por lo menos, que esa actitud guerrera nada tiene de cristiana, y habría que recriminar a los autores de este «panfleto» sean quienes fueren, al parecer, sin duda alguna cristianos, dado que Dios, y, por tanto, la justicia y la verdad, no admiten acepción de personas, recordándoles que no es ése el verdadero espíritu de nuestra religión: «Nescitis cuius spiritus estis» (Lc 9⁵⁵, Vulg.). Nada bueno ni positivo se consigue por los caminos del odio.

Aun cuando *toda* la información contenida en este libro estuviera basada en documentos fidedignos, cosa muy difícil de comprobar, pero que tampoco queremos negar *a priori*, ni siquiera poner en duda —¡ya es conceder!—, no puede olvidarse que en todo trabajo de investigación histórica o de cualquier otra índole existe además otro factor importantísimo, que constituye el alma de toda labor científica, y son los *juicios*, deducciones, lógicas consecuencias, asertos, etc., que representan la labor personal del autor. Sobre estos aspectos, tamizados por una severa crítica, leal saber y experiencia, se puede y se debe emitir la adecuada apreciación.

El título del libro ya es bastante explosivo y el estilo no le va a la zaga. El anonimato, pocas veces disculpable y, en cambio, requisito habitual en el libelo difamatorio, resta calidad a la obra, sobre todo con el adimento de las susodichas hipótesis, clerical, episcopal, etc. La ocasión, de trascendencia ecuménica, y la forma de presentación, clandestina, tampoco son una aureola que dignifique.

La Bibliografía (pp. 691-698), con su cuarto de millar de títulos, es un auténtico «cajón de sastre» (verdadero *de-sastre*), tan pésimamente transcritos, ordenados y consignados, carentes en absoluto de toda forma, que bien puede aplicársele el dicho horaciano: *nec pes nec caput uni reddatur formae*. Tendríamos que llenar muchas páginas si hubiéramos de hacer una crítica minuciosa y a fondo de tal engendro bibliográfico. Algunos ejemplos, que parecen obligados como demostración de nuestro aserto, serán suficientes.

Cuando tantas y excelentes versiones de la Biblia tenemos hoy en lengua castellana, de fechas recientes, realizadas sobre los textos originales desde la aparición de la Nacar-Colunga (1944), citar la Sda. Escritura por la versión de Scío (1852, Tomo IV, p. 115: vid. pág. 96 y otras del libro que reseñamos), arguye una ignorancia de la Escriturística en España no solamente resupina, sino hasta ofensiva.

Y qué decir de las siguientes notas bibliográficas, tomadas al azar entre otras que igualmente podrían aducirse: «Santo Tomás de Aquino.

Opera Omnia, Edición Pasisills. (sic), MDCCLXXX).— «Arzobispo Amolon. Tratado contra los Judíos».— «Arrio. Thalia».— «Capefigue. Las Grandes Operaciones Financieras».— «Chaniga fol. 3 a. 3 b.»— «Drive en «Day». fol. 37».— «Abjar Machmua...»— «Eben-Ha-Esser 6 y 8».— «Eusebio. Vita Constantinus».— «Ibn-el Athir. Crónica «El Kamel».— «Apóstol San Lucas. Evangelio. Biblia Scio. Edición citada».— «San Jerónimo. Catálogo citado por Adricomio».— «Talmud Babilonia...» «Voltaire. Henriade» ¿Para qué seguir?

El contenido es un amasijo de historias, infundios, teorías, informes, citas y recortes de las más variadas procedencias, sin el adecuado criterio científico, ni el oportuno enjuiciamiento, siempre en busca de una base cualquiera, pretexto o sombra para la acusación, con todas sus consecuencias, interpretándolo todo a través de un prisma de irreprimible hostilidad. La obra, a nuestro juicio, y basta en ojearla para convencerse, lleva en sí misma la razón de su propio descrédito.

La tesis —si tal categoría puede concederse honradamente en este caso— del libro que nos ocupa no puede ser más simplista, además de muy manida: de todos los males que hoy aquejan al mundo es responsable la conjura judeo-masónico-comunista. También se habla al final (p. 667) de «la criminal tenaza soviético-israelita que oprime a los árabes». El libro es tan anti-comunista como anti-judío. Véase el principio:

«De todos los sistemas revolucionarios ideados en el devenir histórico, con el fin de destruir nuestros valores civilizados, sistemas que han ido siendo aplicados, a través del tiempo en forma más efectiva y en el momento siempre más oportuno, el más perfecto, el más eficiente y el más inmisericordioso es sin duda el comunismo, porque representa la etapa más avanzada de la revolución mundial, en cuyos postulados ya no solamente se trata de destruir determinada institución política, social, económica o moral, sino de anular a la vez a la Santa Iglesia, y más aún todas y cada una de las manifestaciones culturales cristianas, que son parte de nuestra civilización. Si todas las tendencias revolucionarias de origen judío han atacado con curiosa unanimidad al Cristianismo en diversos aspectos, el Comunismo lucha por hacerlo desaparecer de la faz de la tierra, sin dejar de él ni el menor rastro» (pág. 7).

Al comienzo del capítulo II se insiste:

«No cabe la menor duda de que los inventores del comunismo son los judíos, porque ellos han sido los forjadores de la doctrina, sobre la cual se fundamenta todo ese monstruoso sistema que actualmente domina con poder absoluto en la mayor parte de Europa y de Asia, que convulsiona a los países de América y que inva-

de progresivamente a todos los pueblos del mundo como un cáncer letal, como un tumor que va comiendo las entrañas de las naciones libres, sin que parezca encontrarse un remedio eficaz contra él» (pág. 13).

Las largas listas de judíos, desde los fundadores del Comunismo (pp. 13-15), siguiendo por «la revolución comunista dirigida por los judíos» en la Alemania de 1918 y en el primer gabinete de la misma (pp. 16-17), los 41 miembros del Gobierno de Bela Kun (pp. 18-19), los miembros del primer Gobierno comunista de Moscú (1918) y dirigentes soviéticos posteriores, así como de otros países, Hungría, Checoslovaquia, Polonia, no dejan lugar a dudas, según los autores, respecto a la realidad de sus afirmaciones, corroboradas por las inacabables series de nombres que figuran en el Apéndice (pp. 669-690).

Esos copiosos elencos de altos funcionarios, potentados, miembros de comités, jefes de Policía, comisarios de varias clases, redactores de periódicos, profesores, etc., de la Unión Soviética, en 37 apartados, le dejan a uno perplejo, puesto que si tanto poderío detentan los judíos en la U.R.S.S., ¿cómo se explica sea tan difícil, casi imposible, a los que quieren, irse a Israel, y cómo es que sufren persecuciones y falta de libertad?

Mala musa de inspiración, máxime cobijándose bajo el noble manto de Clío, ese el odio implacable, como el que rezuma toda esta obra, por más que sus autores pretendan disfrazarse con la piel de oveja y el celo por la Iglesia católica: no es ése ciertamente, repetimos, el espíritu cristiano ni arma aceptable en la República de las Letras para las caballerosas lides del espíritu. Por eso nos inclinamos más bien a creer que so capa de celo cristiano y defensa de la Iglesia, se ocultan otras miras, y que los tiros vienen de otros frentes. Los últimos capítulos dan pie para esta conjetura, bien evidente, además, por la susodicha génesis del libro.

Comoquiera que sea, séanos lícito confesar que, dada la ínfima categoría científica del libro —de sus valores éticos preferible es no hablar—, nos resistimos a creer haya podido ser elaborado, no ya por «prelados» italianos o de cualquier otro país, pero ni aún por simples clérigos o seminaristas. En la pág. 638 firma un apartado inserto entre los capítulos XLIV y XLV «*La Comisión de sacerdotes que ordenó esta edición*», pero no aparece claro en cuál de sus dos acepciones fundamentales se emplea ahí ese verbo.

Algunos detalles más añadiremos como prueba de la escasa solvencia de los autores del libro. De D. José Amador de los Ríos se dice en la página 279: «Hasta José Amador de los Ríos, tan favorable a los hebreos...», y en la pág. 344: «conocido por su hábil defensa en favor de los judíos», sin perjuicio de citar largamente al ilustre historiador y prodigarle subidos elogios en otros lugares, v. gr. págs. 431-435, etc. Diga-

mos de pasada que en la *Enciclopedia Judaica Castellana* (México, 1948-1952, t. I, p. 246) se lee: «No revela simpatía hacia los judíos». A nuestro juicio, más bien debe ser considerado como un escritor ecuánime, que expone con independencia de criterio y honradez el juicio que le merecen personajes y hechos, sean del bando que fueren, como en la misma E.J.C., se reconoce.

Más vale no hablar del «culto historiador Vicente Rico» (¡paz a sus huesos!), al que se cita como una autoridad e investigador de primera mano, autor que fue de una deplorable *Historia de los judíos* (páginas 134-135).

Digamos asimismo que causa pena se siga hablando, a estas alturas, del «pueblo deicida» (cap. VII, pp. 149-158). Item, cuando hoy día tanto se habla y escribe —y en buena hora sea— de paz y concordia, en este libro se dedica un capítulo (IV Parte, cap. 17) a «Reconciliación cristiano-judía, preludio de ruina» (pp. 341-350).

Increíble parece que en una obra donde se truena y despotrica contra los desmanes, persecuciones, vejaciones, etc., perpetrados por los judíos, verdaderos o falsos, pero que en ningún caso sería justo atribuir a todo un pueblo —como en casos similares tratándose de otros—, no solamente no se profiere una palabra de reprobación del gran «Holocausto» de seis millones de víctimas inmoladas por los nazis, sino que, dedicando un capítulo, el XLI de la IV Parte, a «Los errores nazis e imperialistas», se soslaya artatamente esta cuestión, remitiendo a dos capítulos, III y IV, de la III Parte, titulada «La Sinagoga de Satanás», donde en una fugaz referencia de pocas líneas, lejos de condenar tan execrable genocidio, se le disculpa en estos inadmisibles términos:

«Evidentemente Dios Nuestro Señor ha utilizado incluso a los pueblos paganos, como los caldeos, los romanos y últimamente a los nazis, como instrumentos de la Divina Providencia, para castigar los delitos y pecados del pueblo judío y hacer cumplir las maldiciones predichas por el mismo Dios...» (pág. 124).

Ciertamente, aplicando criterios tan peregrinos y tan dispares en cada caso, no es posible entenderse.

Pongamos punto final, pues la pluma se resiste a seguir ocupándose de un libro que, en definitiva, atacando a unos deja muy mal parado el honor y ecuanimidad de otros sectores, dignísimos, para nosotros, del máximo respeto, pero que vemos aquí implicados en poco honorables lides.

David Gonzalo Maeso

SERRANO, Vicente - IONEL MIHALOVICI, María: *Fuentes del pensamiento judío*. Ediciones Studium. Colec. «Senda abierta», Serie II (azul). Centro de Estudios Judeo-cristianos. Madrid, 1974, 18,5 x 11 cms.

El naciente Centro de Estudios Judeo-cristianos que funciona en Madrid bajo los auspicios del Arzobispado y cuenta ya con un plantel esperanzador de entusiastas miembros y colaboradores, siguiendo las directrices de la declaración *Nostra aetate* promulgada por el Concilio Vaticano II y fiel a la finalidad primordial de su fundación, que no es otra sino «profundizar en las raíces de nuestra fe», para lo cual ha iniciado varias series de pequeñas publicaciones, pero de denso contenido, nos ofrece esta acertada síntesis de las *Fuentes del Pensamiento Judío*, realizada por los dos más valiosos elementos de dicha entidad. Es el primer número de la indicada Serie II, que abarca como temática general: *Judaísmo*, en sus aspectos fundamentales, religioso, cultural, litúrgico, etc. Nos consta que otros tomitos similares saldrán a luz, D. m., dentro del presente año, dos al menos.

Por su pequeño formato que hace más accesible y ligera su lectura, podría aplicarse a éste como a los demás volúmenes aparecidos, la expresión: «Mucho en poco». Contiene, en efecto, la I Parte del mismo (páginas 19-88), titulada «Los acontecimientos», un compendio ajustado y luminoso de la historia del antiguo pueblo de Israel, que arranca desde «fin del reino de Judá», pero ofrece una visión retrospectiva de los «jalones de esa historia, a) Abraham, b) Exodo, c) Monarquía» y se extiende a los «Nuevos acontecimientos», subsiguientes a la indicada fecha. En ella se aprecian las peculiaridades características de estilo que ya hemos tenido ocasión de encomiar en el P. Serrano.

La II Parte, debida a la ágil y experta pluma de Sor María Ionel, religiosa de Ntra. Sra. de Sión, infatigable promotora del Centro, es una síntesis de historia literaria hebrea, que se contrae el amplio título: «Biblia y Talmud», ambas secciones divididas en apartados (seis y cinco respectivamente). Especial interés tiene la segunda, por tratarse de un campo, cual es el talmúdico, menos conocido. Completan el estudio un «Apéndice», resumen del contenido del Talmud, con la serie de los seis órdenes y sesenta y tres *tratados* que componen la Misná, base de la vasta enciclopedia talmúdica, y un «Vocabulario» de veintiocho términos técnicos y nombres de personajes, que agradecerá el lector menos versado en estas materias. Una selecta Bibliografía cierra el volumen.

Deseamos vivamente que ésta y las demás colecciones iniciadas, cuatro hasta la fecha, se vayan incrementando con aportaciones tan valiosas como las ya aparecidas. El entusiasmo y la laboriosidad de los colaboradores creemos es una garantía segura.

David Gonzalo Maeso

EL PENSAMIENTO MEDIEVAL. Tomo XIV de la HISTORIA DE LA IGLESIA, de los orígenes a nuestros días, dirigida por Agustín FLICHE y Víctor MARTÍN; edición española bajo la dirección de José M.^a JAVIERRE. - EDICEP, Comercial Editora de Publicaciones, Valencia 1974. Enc., en plástico, con estampaciones en oro y sobrecubierta a todo color. Ilustraciones y láms., en color. 748 pp. 27x20 cms. Aprox. 3 kgs.

Obra magna, en verdad, es la recientemente iniciada con el tomo XXIV, «Pío IX y su época», que prosigue el presente, número XIV, del total de 30 + 2 complementos, que se anuncian, con sus títulos respectivos (p. 4), a cargo de la importante Editorial valenciana indicada. Se trata de la conocida *Historia de la Iglesia*, por Fliche-Martín, en edición española puesta al día, bajo la dirección del activo presbítero, de los sacerdotes operarios diocesanos, P. Javierre, con la valiosa ayuda de un equipo de traducción, corrección del texto y revisión científica y bibliográfica, aparte de los eventuales colaboradores españoles, cuyos trabajos se insertan en Apéndice, cinco en el presente tomo. No exageraba ni se equivocaba el P. Javierre cuando nos decía en su carta invitándonos a colaborar, acerca de esta edición española, «que presentamos con un ropaje tipográfico muy brillante». Añadamos, de paso, que refiriéndose a la obra original estampaba este merecido elogio: «tan acreditada y sin duda irreplicable por muchos lustros».

El tomo que reseñamos es uno de los 13 que abarca la Edad Media —poco menos de la mitad de la obra entera—, y, como anuncia su título, no es narración de sucesos, sino exposición de ideas. No es menester recordar que la Historia no es ya meramente narrativa, a base de hechos, como lo fue en su forma primitiva, sino que entre otras varias, presenta asimismo la de «exposición fiel y ordenada» de las ideas. Naturalmente otros tomos de la que nos ocupa ofrecerán carácter distinto que el presente.

Los autores que han elaborado los 16 capítulos que lo integran son: A. Forest, catedrático de la Universidad de Montpellier, M. de Gandillac, de la Soborna, y F. Van Steenberg, de la Universidad de Lovaina. En *Apéndices*, que van al final y se distinguen del texto básico por un margen lateral de triple anchura que el ordinario (pp. 537-717) figuran las siguientes monografías: *Filosofía musulmana española*, por Salvador Gómez Morales, S. I.; *Los traductores toledanos*, por Juan Francisco Rivera; *El legado judío español*, por David Gonzalo Maeso; *Enseñanza y Universidades españolas del siglo XI al XIV*, por Francisco Martín Hernández, y *Ciencia Española Medieval*, por Alvaro Huerga, O. P. Completan el tomo los *Índices*: 1.º, de nombres; 2.º, de lugares, revistas e ideas, y 3.º, de materias (general).

Numerosas ilustraciones —hasta 136 hemos contado— y láminas en

colores, en número de 24, adornan y esclarecen las páginas del tomo. Sobre todo éstas últimas son de notable vistosidad, y tanto las unas como las otras se destacan por su novedad. Se consigna su procedencia, de preciosos manuscritos medievales, conservados, al igual que las ilustraciones en negro, en las bibliotecas y archivos de diversas ciudades europeas, o bien, en el caso de éstas, reproducciones de monumentos y esculturas medievales. Quizá no hubiera estado fuera de lugar un Índice especial de láminas.

Abarca el tomo desde Juan Escoto Erígena (s. IX) hasta los albores del Renacimiento, y está estructurado en cuatro grandes secciones: 1.^a, Alta Edad Media, desde el dicho J. E. Erígena hasta el siglo XII (capít. 1 a 6); 2.^a, siglo XIII (capít. 7 a 12); 3.^a, siglo XIV (capítulos 13 al 16), y 4.^a, Apéndices, los cinco mencionados, de los cuales el 3.^o y el 5.^o llegan hasta finales del s. XV.

Cada capítulo lleva un título general panorámico y va dividido en varias partes numeradas, subdivididas a su vez en párrafos de moderada extensión, aquéllas y éstos con su epígrafe correspondiente, lo cual facilita enormemente la lectura, detalle de particular interés en una obra destinada a toda clase de lectores, máxime en un tomo que versa sobre temas filosóficos, abstrusos por lo general, los cuales requieren una mayor concentración mental que los simples relatos históricos. Esos párrafos pueden leerse por separado, con provecho, y recomendamos al lector haga la prueba saboreando esos «bocados de oro», sin necesidad de abarcar todo el capítulo.

Los estudios que componen el tomo son acertadas y claras síntesis, en que se condensa las ideas fundamentales de los grandes pensadores del Medievo, los cuales van desfilando en imponente procesión, con la aureola de su saber y sus libros, el séquito de sus discípulos y la aureola de su característica filosófica, teológica, doctrinal. Cierran cada capítulo varias páginas, en letra menuda, como es habitual, con las notas bibliográficas correspondientes, en número y extensión variables.

Tras el erigenismo de Juan Escoto (cap. 1), el humanismo y dialéctica, que culminan en San Anselmo (c. 2-3), siguen las doctrinas de la escuelas urbanas del s. XII, con Guillermo de Champeaux, Gilberto Porretano, Juan de Salisbury, el famoso Pedro Abelardo y Domingo Gundisalvo (c. 4), y las doctrinas de las escuelas monásticas del mismo siglo (c. 5), finalizando esta parte de la Teología de las Summas y de las Sentencias (c. 6).

Llenan el s. XIII las gigantescas figuras de Sto. Tomás de Aquino y San Buenaventura, cuyo VII centenario —el de la muerte de ambos— se conmemora en el presente año, razón quizá de la aparición actual de este tomo, con sus precedentes y las grandes síntesis doctrinales que ambos

doctores representan, así como las escuelas subsiguientes, terminando esta segunda parte con un «Balance del s. XIII» (c. 12).

En el s. XIV, tercera parte, titulan los cuatro capítulos las figuras de Duns Escoto (c. 13), Eckart y sus discípulos (c. 14), Petrarca y sus enemigos de Padua (c. 15), Ockam y la «vía moderna» (c. 16).

Respecto a los Apéndices, prescindiendo de nuestra colaboración, que críticos competentes podrán enjuiciar, nos atreveríamos a afirmar que para la mayoría de los lectores españoles quizá constituyan la parte de máximo interés, no solamente porque nos tocan más de cerca y en los 16 capítulos precedentes son mínimas las referencias a lo hispano (Domingo Gundisalvo, Toledo, Raimundo Lulio y algunas referencias en general fugaces, como es el averroísmo en relación con la Escolástica), sino también porque acerca de estas materias generales el lector, incluso medio, está mejor documentado y dispone de abundantes fuentes de información o estudio, bastante asequibles, contrariamente a lo que ocurre, incluso para el más bien especializado en Historia de la Filosofía o cultura medieval.

Permítasenos añadir por lo que a nuestro estudio sobre *El legado judío español* se refiere y únicamente a título informativo, que hemos tenido especial cuidado en que ningún concepto pareciera un plagio o repetición parcial de nuestro libro recientemente publicado por la Editora Nacional (1972), *El legado del Judaísmo español*, del cual puede verse una reseña en el número anterior de esta MISCELÁNEA (pp. 123-125).

Si tras esta visión panorámica de conjunto nos adentramos en el contenido ideológico de esta selva de *El pensamiento medieval* con la antorcha inquisitiva de nuestra especialidad hebreo-bíblica y judaica, recordando previamente la realidad indiscutible de la raigambre bíblica de toda la Filosofía medieval cristiana, al igual que la judaica, y *a fortiori* la Teología, tan íntimamente ligada entonces con aquélla, que pasaba por un axioma la caracterización de la primera como simple *ancilla Theologiae*, nos limitaremos a recoger, como muestras, unas cuantas afirmaciones fundamentales estampadas en los estudios de dichas grandes figuras y sus doctrinas sobre lo que la Sda. Escritura en ellas representa, así como algunas otras referencias complementarias.

De Escoto Erígena se hace notar (pág. 35, nota 50) muy oportunamente: «Habría que subrayar que Erígena sólo en raras ocasiones cita según la *Vulgata*, sino que traduce a su manera el texto griego de Los Setenta o el del Nuevo Testamento». Es un dato de sumo interés para la exégesis bíblica y depuración de las versiones, que tanto proliferan hoy día. En esas y tantas otras obras, que deberían consultarse como fuentes valiosas, además del profundo estudio de los textos originales bíblicos, en vez de seguir ciega y cómodamente a las versiones anteriores, con menor

trabajo, ciertamente, pero también con menor utilidad para el estudio de la Sda. Escritura, es donde debieran inspirarse, compulsando detenidamente las variantes y matices semánticos todos cuantos deseen de verdad realizar alguna nueva y estimable aportación a la Escriturística en todas sus manifestaciones.

Hablando de San Pedro Damiano (p. 53), a propósito de la Dialéctica, tan en boga en las Escuelas medievales, se recoge la afirmación del santo doctor: «Muy por encima de ella hay que situar la enseñanza de la Sagrada Escritura».

Sobre el carácter general de la obra de San Anselmo y a propósito de su método, se stampa esta concluyente aseveración: «En todas las obras de San Anselmo se encuentra siempre el mismo esquema general del pensamiento; todas ellas pertenecen, como él mismo nos dice, al estudio de las Sagradas Escrituras. Se trata, pues, de partir siempre de la enseñanza que ellas nos proporcionan». Aconseja, no obstante, el santo doctor, dar un paso más, ya que «las verdades conseguidas por la especulación no basan su fuerza persuasiva en la Escritura misma; San Anselmo se propone alcanzar la inteligencia de la fe. El punto de partida intelectual arranca siempre de la fe, pero apela a la razón para descubrir en ella el significado recóndito» (p. 66).

El estudio acerca de Pedro de Celle, en el apartado sobre «el desarrollo de la espiritualidad monástica», empieza con estas palabras: «La obra espiritual de Pedro de Celle se inspira en una meditación incesante de la Biblia. No la presenta como una utilización que sería externa, sino que penetra en el verdadero espíritu religioso. De ese modo se eleva por sus lecciones al pensamiento de una eternidad toda espiritual» (p. 154).

En el capítulo «La teología de las *Summas* y de las Sentencias», a propósito de «los libros de las Sentencias», se afirma: «La doctrina sacra no es otra cosa, al principio, que la lectura de la Sda. Escritura, divina página. El método es el de la autoridad. Las primeras obras son, pues, una recopilación de las opiniones sobre los diversos pasajes de la Escritura. Los textos de los Padres son las «auctoritates». Agrupándolas se constituye así las *Sententiae* o *Flores*» (pp. 183-184).

En el estudio sobre San Bernardo (pp. 147-153), unas cinco páginas, con cerca de 30 notas, una de ellas de abundante bibliografía, se hacen numerosas alusiones a sus *Sermones in Cantica* (=el Cantar de los Cantares), tan famosos en los escritos del Doctor melifluo.

Destácase entre las del Doctor Seráfico, San Buenaventura, las *Collationes in Hexaëmeron*, y entre las varias visiones que expone, la tercera es «la de la inteligencia enseñada por la Escritura (aquí el autor se detiene examinando ampliamente las condiciones del trabajo intelectual y la

importancia relativa de las fuentes a estudiar: Escritura, Padres de la Iglesia, teólogos y filósofos)» (p. 276-277).

A seguida de las 14 líneas que se dedica en el apartado de «Sus escritos» a los «Comentarios bíblicos» de Sto. Tomás (p. 298), bajo el epígrafe «Exégesis» se resume con acierto la actitud del Doctor Angélico respecto a la Sda. Escritura, «que contiene la palabra de Dios y que es, por tal motivo, la fuente primera de la revelación; por tanto, en la Sda. Escritura es donde el teólogo bebe los principios de la ciencia sagrada, los artículos de la fe». Añádense a continuación atinados juicios acerca de las orientaciones, método, méritos y también limitaciones de la Exégesis bíblica en el Aquinate (pp. 310-312).

Muy oportunamente se hace constar asimismo, contra la infundada creencia, que en diversas ocasiones hemos combatido, de que los antiguos hebreos —léase el A. Testamento— no tuvieron Filosofía, el reconocimiento como una de las fuentes, en este terreno, del Doctor Angélico, de esta realidad indiscutible: «Es incuestionable que los documentos religiosos que componen la Biblia contienen doctrina de alcance filosófico sobre Dios, sobre el mundo creado, sobre el hombre, sobre su destino; esas doctrinas han ejercido influencia sobre el pensamiento de los filósofos cristianos con el mismo título que cualquier otro documento humano, despertando su atención sobre problemas inadvertidos, etc.» (p. 305).

Algunas referencias más podríamos espigar, pero, de todos modos —si no se estima como preocupación de especialista— debemos manifestar nuestra opinión de que en conjunto quizá no se haya destacado lo bastante la enorme influencia que esa máxima educadora de Europa y su Libro de texto universal que fue la Biblia, a lo largo de toda la Edad Media, ha ejercido en la ideología, estructuras filosóficas o escuelas, por no hablar de otros aspectos, en la historia del pensamiento humano. Un estudio concreto, amplio y documentado de ese tema específico *desideratur*, a nuestro juicio, en el tomo que estamos reseñando, máxime hoy día en que tan en honor están la Escriturística y las ediciones bíblicas. Podría subsanarse la falta incluyéndolo en alguno de los varios previstos para la Edad Media, que hemos indicado.

Completaremos el breve pero expresivo florilegio precedente acerca de lo que la Biblia representa dentro de la cultura eclesiástica medieval con algunas breves alusiones a la ciencia y pensadores judíos, de quienes se hace rápida mención en este tomo como elementos con ella relacionados.

Un apartado, el n.º 7, del cap. 4, se dedica al famoso Domingo Gundisalvo (pp. 116-121), arcediano de Segovia, dignidad de la catedral de Toledo, el cual en la Escuela creada en esta ciudad bajo los auspicios del arzobispº Don Raimundo realizó tan estimable labor como traductor, con la eficaz colaboración del judío converso Juan Hispalense; sus ver-

siones latinas de los más preclaros ingenios hispanoárabes y hebraicoespañoles fueron el vehículo que introdujo en la Cristiandad latina la filosofía judío-musulmana. Aquí se le considera más bien en su labor original como filósofo, en la que tan estrecha relación tiene con el Avicibrón de los escolásticos (Ibn Gabirol).

Advertimos que en la pág. 134 (nota 109) se le considera también como «judío converso», antecedente que nos parece un dato erróneo, pues no le hemos visto consignado en ningún otro autor, sino más bien lo contrario. Menéndez Pelayo en su *Historia de los Heterodoxos españoles* (lib. III, cap. I, apart. II) da detalles sobre la persona de Gundisalvo.

Respecto a Juan Hispalense —Juan de España leemos, nombrado junto a Domingo Gundisalvo (pág. 215—, de quien se afirma: «ha sido lamentablemente confundido con otro traductor conocido como Juan Hispalense, pero esta falsa identificación debe rechazarse...» (pág. 606), no parece del todo claro se trate de dos personajes distintos, como Juan Francisco Rivera, Canónigo Archivero de la Catedral de Toledo, asegura en el *Apéndice*: «Los traductores toledanos». González Palencia en su obra: «El Arzobispo Don Raimundo de Toledo» (Madrid, 1942, p. 122) plantea ya esta cuestión y se inclina por la negativa. Del personaje en cuestión se ocupa extensamente (pp. 121-138).

Cuatro fugaces menciones de Maimónides, una veintena de Avicibrón, muchas más de Averroes y Avicena, algunas de Algazel y de varios otros pensadores musulmanes y personajes judíos completan el sucinto boceto de referencias de filósofos pertenecientes a la España islámica o conocidos a través de ella. Pero el estudio principal sobre lo que esos sectores representan está expuesto ex profeso, aunque también con restringidos límites, en los citados Apéndices.

Aunque la edición aparece muy cuidada, y por ello felicitamos a cuantos han intervenido en asunto tan importante, se ha desatendido la transcripción de voces árabes, y algunos nombres famosos están equivocados, p. e. Abū' l-Qāsim, que figura como Albucasis (pp. 638 y 723), y Avenzoar (Ibn Zuhr), como Aventoar (pp. 638 y 724), ambos insignes médicos,

En la indicación explicativa que acompaña a la palabra TALMUD, en el Índice (p. 739), «leyes codificadas judías», hay inexactitud e imprecisión; mejor sería poner: «comentario, en doble recensión, a la Ley oral judía (la Mišná)».

Descartado ya, por inexacto el título de «Guía de los descarriados» (por influencia de la *maladroite* traducción de «Guide des égarés» del meritísimo en estudios maimonidianos Salomón Munk), convendría aceptar unánimemente el de *Guía de perplejos* (el, no la) (cfr. «Guía de pecadores», etc.) y no la «Guía de los indecisos» como se lee en la pág. 222, ya

que «indeciso (=irresoluto) se refiere a la esfera de la voluntad, y «perplejo» a la del entendimiento, que es lo correcto en este caso.

En el Índice, no así en el texto, leemos «MADRIGAL, Alonso de, obispo de Toledo (p. 729), por confusión visual, sin duda, con «Tostado».

Diremos como remate que la obra reseñada en este segundo tomo aparecido, n.º XIV, de la Historia de la Iglesia, dirigida por Fliche-Martín-Javierre, es de las que honran al país en que se publica. Sus gruesos volúmenes son los que han de leerse en atril, por su grueso formato; pero ese mismo empaque confiere digno realce al contenido relevante de unos ejemplares que compiten en prestancia con los antiguos y venerables in-folios de otras épocas, ornamento y orgullo de las grandes bibliotecas, y los superan enormemente en prestancia tipográfica y alta calidad científica, actualizada. Obras como ésta han de servir —así lo esperamos, y es su mejor ejecutoria— para que sobre ellas, como sobre sólidos pilares, se levante más y más y se engrandezca el edificio de la cultura patria.

Sinceramente deseamos que la empresa llegue pronto y con felicidad a su término. Es una obra que no puede faltar en ninguna biblioteca bien surtida y que han de consultar con mucha frecuencia y detenimiento numerosos investigadores, eruditos y todos cuantos se interesen por una rama tan importante como es la Historia de la Iglesia.

David Gonzalo Maeso.

OÑATE OJEDA, Juan Angel: *El Santo Grial. El Santo Cáliz de la Cena...*

Su historia, su culto, sus destinos, 2.ª ed. Valencia 1972, 125 pp.+64 id. de ilustraciones, Rúst. 24x16,5 cms.

Más conocido por la leyenda y la literatura, y hasta a través de la música, que por su verdadera historia es el famoso Santo Grial (o Graal), es decir, como reza el subtítulo de la obra que reseñamos, «El Santo Cáliz de la Cena, venerado en la Santa Iglesia Catedral Basílica Metropolitana de Valencia (España)», cuya historia, culto y destinos cuenta el docto canónigo lectoral de la misma en el documentado estudio de investigación aparecido primeramente con ocasión del XXXV Congreso Eucarístico Internacional celebrado en Barcelona en Mayo de 1952, y en su segunda edición más recientemente con motivo del VIII Congreso Eucarístico Nacional habido en Valencia en el mismo mes de 1972. El asunto entra

de lleno en el terreno bíblico, además de ser de interés universal; por eso nos parece instructivo reseñarlo en esta MISCELÁNEA.

Divídese el libro en dos partes, narrativa y gráfica, y abarca los tres indicados aspectos. Vaya por delante nuestra sincera confesión de que las razones apuntadas por el competente autor para demostrar la autenticidad de la preciosa reliquia, punto obligado para cualquier discusión y debida valoración de la misma, nos han convencido plenamente. Hoy día en que todo se pone en tela de juicio, lo humano y hasta lo divino, por ejemplo, en el ámbito religioso, lo relativo a reliquias y objetos antiguos dedicados al culto, así como tantas tradiciones simplemente piadosas que han ido floreciendo como plantas parásitas al lado de las historias verídicas, lo primero que cualquier creyente bien intencionado y sanamente curioso se pregunta a la vista de un objeto de esa clase expuesto a la veneración de los fieles, como el presente, es si realmente se trata de verdadero, como se afirma.

La investigación realizada por el Dr. Oñate es muy compleja en todos los sentidos, hasta exhaustiva, y responde a las exigencias de la crítica histórica actual. Casi todas las páginas del texto llevan varias y a veces extensas notas informativas y razonadas, que corroboran los hechos relatados y las deducciones obvias. Nada hay que suene a ingenua credulidad; se admite lisa y llanamente lo cierto como cierto, lo probable o hipotético no más que como tal, con sinceridad castellana —el autor es burgalés— y probidad científica. La conclusión, pues, que se deduce es sencillamente que, a diferencia de tantas otras piadosas reliquias que se veneran en diversos lugares de la Cristiandad, aunque el Sr. Oñate, discretamente, rehuye toda polémica o referencia extemporánea, el llamado Santo Grial de la catedral valenciana ofrece las máximas garantías de ser auténtico, aun cuando se le hayan adicionado algunas piezas como ornato en las vicisitudes y cambios de poseedores por que en el decurso de los siglos ha ido pasando.

En cuanto a la etimología, nada clara por cierto del nombre *Graal*, complicada por la variante tan en uso de *Grial*, conservado en las lenguas europeas, con leves modificaciones, el autor formula algunas consideraciones en la nota (2) de la página 43. Rechaza la derivación del latín *gradalis* o *gratalis*, que algunos han propuesto, y con razón, puesto que el *Dic. Etym.* de Ernout-Meillet no consigna para *gradalis* (pugna) otra significación que «*pied à pied*». Suponer se trata de un adjetivo derivado del substantivo *crāter* o *crātēra* parece aventurado; más bien habría que suponer *crateralis*, que no está atestiguado. Ahora bien, con la misma sinceridad confesamos que la insinuada por el autor, «del hebreo *goral* (piedra de suerte)», y se añade «cáliz», que en ningún diccionario hebraico hemos visto ni por aproximación, se nos antoja infundada.

No nos atrevemos a sugerir ninguna nueva hipótesis etimológica, pero sí diremos algo respecto a la mencionada variante *Grial*, un tanto extraña, y que ignoramos si alguien anteriormente la ha estudiado ex profeso; quizá no, pues en tal caso no habría escapado la oportuna indicación bibliográfica al diligente investigador. Nos inclinamos a pensar se trata sencillamente del conocido fenómeno fonético de la *imela* árabe (vid. *Dic. Acad.*). El cáliz lleva una inscripción árabe en su base, y lo arábigo tiene algo que ver en la historia del mismo, según se relata en el libro con abundantes pormenores, a donde remitimos.

Emotiva y de honda espiritualidad es la referencia al pueblo judío (pág. 71) y otros «destinos del Santo Grial» que a continuación se exponen y en consonancia con las palabras del Apóstol en I Cor 10¹⁶.

Felicitemos al erudito autor, competente y sagaz escritor, por su interesante trabajo, que recoge y completa todo lo anteriormente publicado sobre el tema, y que tiene además el mérito, sin que apelemos a provincianismos de vía estrecha, de haber dedicado, siendo burgalés, muchas horas a este trabajo nada sencillo de investigación, de particular interés para Valencia, su catedral y su región, y que representa al par que un testimonio de ejemplar devoción a «una reliquia tan singular», una benemérita lucubración histórica y de erudición, así como una labor de oportuna propaganda (en el mejor sentido del vocablo, hoy bastante traído y llevado), de tan preciado recuerdo de Jesús Redentor, que nos trae a la memoria la divina Eucaristía y la sublime Última Cena que precedió a los trascendentales sucesos de la noche del Jueves y el día de Viernes santos. La devoción no está reñida en modo alguno con la erudición, y puede ser a veces estímulo que mueva a realizar trabajos como el presente, de no fácil ejecución, si han de estar al nivel adecuado.

David Gonzalo Maeso